

# KILIAN

## Y EL PAPIRO SAGRADO

J. G. Audoriza



AUREA  
EDICIONES

© Kilian y el Papiro Sagrado  
Sello: Tricéfalo  
Primera edición, Marzo 2021  
© J. G. Audoriza 2020

Edición General: Martin Muñoz Kaiser  
Portada: Alexis Collao  
Edición Literaria: Virginia Berner  
Corrección de textos: Felipe Uribe  
Diagramación: Martin Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones Ltda.  
Errazuriz 1178 of 75, Valparaíso.  
[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)



Registro Nacional Propiedad Intelectual N°: 2020-A-5799  
ISBN: 978-956-6021-54-4

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se verá expuesto a reclamación legal.

A los que imaginan, a los que crean y a aquellos que luchan por hacer que sus sueños sean posibles.

*Todo depende de cómo vemos las cosas, y no de la forma en que son en sí mismas.*

**Carl Jung**

# PRÓLOGO

## El diseño del Papiro

**E**n la Antigüedad, cuando los dioses dominaban Egipto, la humanidad era joven y considerada inferior. Con el afán de obtener las bendiciones divinas, los mejores luchadores de las tribus de la rivera del Nilo se enfrentaban en torneos a muerte.

Ra y Anubis se dieron cuenta de que los hombres solo demostraban sus habilidades físicas y que sus muertes eran un vano espectáculo. El dios de la luz y el de la oscuridad deliberaron hasta crear un papiro, un pacto para poner a prueba el potencial integral de aquellos mortales que se atreviesen a tomarlo. Ra ofreció entregar dones a los victoriosos y Anubis reclamaría a los derrotados, condenándolos a unirse a su ejército maldito: “La horda de Anubis”. El dios chacal no necesitaba mentes agudas, sino perros feroces para su jauría, que en el fondo era una proyección de su vanidad terrible.

El papiro construía un universo paralelo, que absorbía a quien lo leyese. En aquel mundo debería enfrentar sus peores miedos, viéndose obligado a luchar tanto con su fuerza física, como con la mente y el corazón. El costo de la derrota era la muerte.

Se dice que un miembro de la Orden de los Caballeros Hospitalarios (de origen germánico) en 1190, durante la tercera cruzada en Palestina, en mitad del asedio a la

fortaleza de San Juan de Acre, encontró el papiro, que lo llevó a convertir su orden en una de carácter militar en 1198, pasando a llamarse Caballeros Teutónicos. Más tarde, debido a las presiones del papa, decidieron quemar tan poderoso instrumento, pero les fue imposible. Con el fin de ocultarlo, lo convirtieron en un libro.

Después, un hombre que buscaba la inmortalidad escuchó estas historias y comenzó la búsqueda del manuscrito. Ya maduro, dio con su paradero. Logró salir victorioso de las pruebas, no obstante, después de haber conquistado casi toda Europa su ambición lo llevó a su propia destrucción. El mismo Anubis vino a cobrar su alma en Berlín y lo sumó a su ejército. Los mensajeros dicen que allí está su alma, pereciendo por toda la eternidad, como la de un perro rabioso, junto a otros tiranos que le hacen compañía.

Al ver que los humanos no comprendían el verdadero significado de los dones, los dioses decidieron tomar este libro y llevarlo a su sagrado mundo. Pero se sabe que, cada cierto tiempo, Ra y Anubis apuestan nuevamente el destino de algún mortal.

Así es como un humano, tentado por los dioses, triunfó, recibió grandes dones y, gracias a su corazón puro y noble, dejó un legado de avances científicos a su especie, lo que moldeó la historia como la conocemos. Dicen que su inmortalidad lo transformó en un ser humilde, por eso nadie sabe su nombre y solo se oyen sus murmullos, como el soplido del viento, sutil y ubicuo, por parte de aquellos que saben escuchar.

# I

## KILIAN

*Un joven tomó un libro a pesar de que parecía no haber nada en él: era un muchacho sin pasado y casi sin presente, con una familia que era algo menos que una familia, pero con un gran espíritu...*

Se detuvo: le pareció extraño, pues así fue como Kilian consiguió el libro, pero lo que decía no tenía sentido para él.

Despertó asfixiado, tratando de respirar sin conseguirlo en medio de la música y el griterío de sus hermanos. Su casa era grande y acomodada, pero su familia era un caos. Vivían en un pueblito de América Latina llamado Toltén, rodeado por ríos y el mar, en la Región de la Araucanía. Se trataba de una localidad montañosa y su casa estaba, precisamente, ubicada en una montaña cerca de un pueblo que era, además, un balneario.

Sus hermanos, pensaba Kilian, no eran sino dos brutos con la sensibilidad de un pedazo de carbón, que era de lo que vivían: en la zona había una mina. Kilian le atribuía parte de su estolidez y vulgaridad a la falta de una figura paterna y en parte a las frecuentes ausencias de su madre. Sara Harris era una mujer esforzada, nieta de inmigrantes escoceses, que pasaba gran tiempo via-

jando debido a su trabajo de arqueóloga: desenterraba, reconstruía y estudiaba artefactos y restos mortuorios a lo largo del país. Su mayor logro había sido datar las momias chinchorro en el extremo norte que, descubrió, eran más antiguas que las egipcias.

Hacía frecuentes viajes a EE. UU. para patentar y hacer el papeleo de sus hallazgos. Cuando eso pasaba, viajaba por meses, y al regresar se quedaba por un tiempo con su familia, pero, como era la jefa de las excavaciones, siempre debía volver a partir.

Kilian se la pasaba solo y sus hermanos, que vivían sumidos en sus locuras de adolescentes adultos, no le dirigían la palabra sino para molestar.

Esa mañana despertó sin poder respirar porque su hermano, Noah, le apretaba la nariz.

—¡Idiota! —exclamó Kilian, empujando a Noah.

Noah reía a carcajadas: Kilian recuperó el aire, pero le empezó a sangrar la nariz. Noah no medía bien su propia fuerza.

Se apretó la parte superior de la nariz con una mano para detener el sangrado; con la otra se limpió la cara. Después se arregló el cabello negro, un tanto largo, hacia la frente, casi como un flequillo, molesto por despertar de golpe y por las bromas poco ingeniosas de su hermano.

—Tu mami te ha enviado una carta —refunfuñó Noah.

Se burlaba de él porque era el mimado de la casa. Abrió la carta y empezó a leer mientras Kilian trataba de quitársela.

—“Mi amado hijo Kilian” —leyó Noah, lento, en tono de burla. Hizo el gesto de vomitar y le lanzó la carta en el rostro a Kilian con la intención de despeinarlo, para luego salir de la habitación.

Kilian era el menor de la familia. Sus hermanos mellizos mayores, Noah y Marcos, eran altos, fuertes y morenos, parecidos al padre que nunca habían conocido. Noah tenía los ojos verdes. Kilian, por su parte, era más parecido a su madre: pálido, delgado y de ojos color miel, como los de su hermano, Marcos.

Lo único que sabían de su padre era que la casa donde vivían había sido de él. De hecho, los tres hijos de Sara tenían solo el apellido materno.

Tomó la carta con algo de miedo. Nunca se sabía qué noticias podían traer las cartas. Si había pasado algo, no tenía cómo saberlo: el internet contaba con una señal tan mala que era imposible mantener una conversación fluida con el mundo exterior.

Comenzó a leer:

*Mi amado hijo Kilian:*

*Espero de corazón que te encuentres bien. ¿Cómo sigue la relación con tus hermanos? Espero que hayan conseguido no discutir tanto. Sé que es difícil para ti, pero tienes que entender que su exceso de energía los lleva a ser un poco rudos. Y que tú seas más inteligente ellos lo ven como una provocación. Esto es entre tú y yo, Kilian. Quiérelos. Aunque no lo creas, ellos te aman y siempre te protegerán.*

*Hijo, te cuento que acá hay una tormenta muy grande: nos ha dificultado el arribo a la ciudad y hemos tenido que hospedarnos fuera de ella. Según dicen, pronto cesará. Te extraño*



*mucho a ti y a tus hermanos. Les envió, con esta carta, dinero y revistas de su interés para que no te molesten tanto, al menos por un tiempo.*

*Recuerda que, si necesitas algo, puedes ocupar la llave que te dejé en tu velador de noche y sacar el dinero que quieras de mi dormitorio (está en la cajita en mi clóset). No le digas a tus hermanos: lo gastarían todo en un par de días.*

*Por las condiciones del clima, entenderás que mi viaje se alargará un poco. Pero recuerda que te echo de menos, y también que puedes escribirme: manda las cartas al instituto.*

*Te ama,*

*Mamá.*

Su mamá siempre le escribía a él. Sus hermanos eran tan brutos que terminaban peleándose por las cartas y a veces las rompían solo por la rabia de no poder leerlas antes que el otro.

Kilian salió de su habitación: ya eran más de las 10 de la mañana y sus hermanos estaban en el comedor (“como salvajes”, pensó Kilian), tratando de abrir el paquete para ver las revistas.

— ¿Qué decía la carta? — preguntó Marcos.

— Mamá tardará más en su viaje, está bien y les manda cariños.

— Al menos envió revistas — masculló Noah, haciendo una mueca.

Fue a la cocina a ver qué había de comer. Gracias a que sus hermanos se preocupaban de tener la alacena y el refrigerador llenos de comida, había de todo. A pesar de que sus sueldos en la mina eran bajos, gracias a su madre no les faltaba nada, excepto orden: ninguno de los tres se

interesaba en limpiar. Cuando ella estaba, les compraba camisas a sus hijos, aunque solo Kilian las usaba: sus hermanos preferían la ropa deportiva. También los invitaba a pasear y a comer fuera. Trataba de crear momentos inolvidables con ellos, porque reconocía que los tenía en un abandono constante para el que quizá no estaban listos.

Tomó desayuno en silencio, lamentando la ausencia de su madre. Mientras tanto, escuchaba a sus hermanos reírse a carcajadas, por algo de las revistas que su mamá les había enviado.

Salió de su casa como todos los días, excepto el sábado, el día en que le gustaba quedarse a escuchar música en la habitación de su mamá. Caminó por el sendero que lo llevaba a la población más cercana, donde encontraría a Maximiliano, su mejor amigo. Maximiliano no iba al liceo y nadie lo obligaba, ya que sus padres se preocupaban más de emborracharse y discutir que de su único hijo.

Kilian cursaba cuarto medio, pero no tenía ningún otro amigo en su curso ni fuera de él.

Mientras caminaba, vio a un sujeto con capucha que venía en sentido contrario. Lo miró para ver si lo conocía; sin embargo, no le dio la cara. Pensó que de seguro era el encargado de un piño de animales de algún vecino. Se puso audífonos para escuchar un poco de música al caminar, pero se dio cuenta de que casi no le quedaba batería. En cambio, se dedicó a observar los árboles que rodeaban su camino, el cantar de las aves y el verde de la calzada.

Ya entrando al pueblo y acercándose a la casa de su amigo, escuchó los gritos de los padres de Max, quien lo esperaba mirando desde la ventana de su dormitorio. La casa era pequeña y descuidada, con pasto largo y una reja de madera podrida.

Finalmente, Maximiliano lo vio y le hizo una señal apuntando hacia la parte trasera de su casa. De inmediato, Kilian entendió que se escaparía por la cocina para no escuchar los gritos e insultos de sus padres.

—Qué bueno que llegaste, ya no aguantaba un minuto más. No son ni las doce y ya están en esas: llegaron de amanecida y no han parado. Lo único bueno es que cuando vuelva ya estarán en coma o dormidos, en fin... ¿Qué cuentas? Dime lo que sea, algo que no se trate de mi familia —suspiró.

—Mi mamá me mandó una carta. Tardará más tiempo en llegar...

Maximiliano era un buen chico, a pesar de sus problemas. Kilian le recordó una vez que pasaron por la orilla del río y encontraron un perro con las patas de atrás peladas o quemadas. Eran pequeños, así que no recordaban bien los detalles. Maximiliano se hizo cargo de curarlo hasta que un día el perro huyó, espantado por los gritos de sus padres. Se puso muy triste: ya estaba encariñado.

—Ni los perros aguantan a mis padres —dijo, riéndose aunque apretando mucho las mandíbulas y tragando saliva.

—¿Qué planes tienes para la noche? —preguntó Kilian.

—Pretendía subir al techo de la casa a ver las estrellas, porque leí en el diario que hoy será una de las noches en que la luna estará más cerca de la Tierra.

—¡Qué interesante! No tengo nada que hacer. ¡Escucharemos música mientras miramos y comemos sándwiches o lo que quieras! —dijo Kilian, entusiasmado.

Maximiliano era bien recibido en su casa. A sus hermanos les simpatizaba: se llevaban mejor con él que con Kilian. A Kilian no lo molestaba esto, pues sabía que su amigo necesitaba el cariño que en su casa no le daban. Por eso entendía el afecto de sus hermanos por él; tanto así, que Marcos y Noah recordaban el día de su cumpleaños en vez del de su hermano.

Caminaron hasta que llegaron a la orilla del río. Como siempre, estaba cristalino y lleno de personas observando su belleza. A ellos les gustaba mirar más allá de la orilla: observaban cómo las aves volaban y cómo el sol se reflejaba en el agua. Siempre esperaban que pasara algo extraordinario, pero nada ocurría. Conversaban sobre distintos temas, desde platos de comida hasta conspiraciones alienígenas.

Ya era pasado el mediodía. Se sintieron bien poniéndose de pie, después de haber estado sentados en las piedras.

—¿Almorzamos? —preguntó Kilian.

Lo invitó a un local de comida que le gustaba, pues allí atendía una chica que a Maximiliano le atraía. Cada vez que podía, Kilian intentaba que ellos hablaran, pero Maximiliano era muy tímido; ambos conocían su nombre solo gracias a la placa que usaba: “July”.

Era un pueblo pequeño. Sin embargo, por el turismo, llegaban personas de otras localidades a trabajar allí.

Se instalaron en una de las mesas y de inmediato ella se acercó.

—¡Hola! Díganme, ¿qué van a pedir hoy? —preguntó, amable.

Miró a su amigo: estaba mirándola con cara de bobo.

—Queremos algo para beber —respondió Kilian.

—¿Puede ser bebida o jugo?

—Mi amigo estará feliz con lo que tú elijas —bromeó Kilian.

Él lo miró y vio cómo su rostro se ponía rojo. Ella se sonrojó también y rio.

—Bien, ¡luego me dicen qué pedirán para comer! —dijo, sonriendo, y se alejó para buscar jugo de frambuesa.

Kilian sintió una patada en su rodilla. Maximiliano lo miraba furioso.

—Calma, ¡ella sonrió! ¿No la viste?

—¿En serio?

—Invítala a salir luego de que termine su turno. Si no lo haces, lo haré por ti... y eso sí que sería vergonzoso. Le leería un poema y...

—No, ¡cállate!, ¡yo le digo!

Ella llegó a entregar los jugos.

—¿Ya se decidieron?

Se había ruborizado, porque había oído gran parte de la charla.

Kilian miró a su amigo y se dio cuenta de que estaba en *shock*, así que él tuvo que pedir el almuerzo.

Terminaron de comer el plato del día: ya debían cancelar e irse.

—Quiero ir a casa. Mis hermanos ya saldrán a trabajar y me quedaré a ordenar para que la casa esté al menos un poco decente y para estar tranquilo un rato sin ellos.

Max asintió con la cabeza: se preparaba para invitar a July a una cita. Kilian lo ayudó con el pago de la cuenta, muy disimuladamente, para que July viera que era Maximiliano quien pagaba y, por fin, tuviera el valor de invitarla.

—¡Te espero afuera! —exclamó, aumentando el volumen de su voz para que July oyera que Max quedaría solo.

Salió, quedando en la entrada. Ya las nubes de lluvia se disiparon y empezaba a brillar el sol; sin embargo, hacía frío. De pronto salió Maximiliano con paso rápido.

—¡Espérame! ¿Qué te sucede? —gritó, tuvo que adelantar el paso para alcanzarlo—. ¿La invitaste? ¿Qué te dijo? Habla, pues, hombre.

—Sí. No lo puedo creer. ¡Ahora no sé qué hacer! Supongo que la llevaré al mirador, porque a casa sería una locura.

Hablaba y hablaba. Kilian le pidió que respirara. También le ofreció dinero, pero Maximiliano no aceptó porque tenía ahorrado del trabajo de guardia que había hecho dos días antes.

Cada uno se fue a su casa. Kilian le deseó suerte y se despidieron hasta la noche.

Llegando a casa, Kilian vio a sus hermanos salir.

—¡Pórtate bien, hijito de mamá! —gritaron.

Él los ignoró.

Se sentó en el pórtico, solo un momento: quería postergar lo que iba a tener que hacer cuando entrara. Finalmente suspiró, se decidió a entrar y comenzó a ordenar. Una de las cosas que odiaba era lavar los platos, pero tenía que hacerlo, pues sus hermanos jamás lo ayudaban con eso. Extrañaba innumerables veces a su mamá. Ella siempre mantenía todo limpio y se preocupaba de que la casa fuera de verdad un hogar.

Se demoró bastante, pero terminó, subió la escalera y fue a la habitación de su mamá. Se recostó en un sofá que allí había: claro, la habitación de ella era la más grande de la casa. Abrió la ventana para que se aireara y saliera el polvo acumulado por tantos días sin que nadie la ocupara. Se acercó a su repisa de libros. Ya los había leído todos. Entonces pensó que sería bueno sacar un poco de dinero para la semana, aprovechando que sus hermanos no lo verían. Fue por la llave y abrió la caja: había bastante. También había fotos de ellos cuando pequeños, uno que otro cachureo que guardaba su mamá y un cuaderno viejo.

Cerró la cajita y se echó en la cama para oír un poco de música. Escuchó muchísimas canciones y terminó por quedarse dormido.

Un golpe lo despertó: era como si una puerta se hubiera cerrado. Se levantó con rapidez, se restregó los ojos y recorrió todo; sin embargo, no supo qué fue lo que oyó. Tal vez solo había sido un sueño, pensó.

Ya estaba oscureciendo. Revisó su celular y no tenía ninguna llamada de su amigo: de inmediato especuló que le había ido bien y sonrió. Fue a la cocina a prepararse algo para comer. Como sus hermanos estaban de

turno en la mina, no tenía problema en servirse todo lo que quisiera: en cinco días ellos llenarían de nuevo la despensa.

Mientras preparaba un sándwich, llamaron a la puerta. Miró por el costado de la ventana de la puerta principal: era Maximiliano, que traía el gorro de la parka puesto hasta más abajo de las orejas y parecía estar tiritando. Kilian le abrió rápidamente.

—Hace un frío espantoso allá afuera, ¿puedes prender la calefacción, por favor? —preguntó.

—Claro que sí. Acabo de bajar, por eso está apagada —respondió.

Comenzaron a hablar de la cita, que fue perfecta. July era aún mejor de lo que se imaginaba y se despidieron con un pequeño beso.

Kilian le recordó (“Te dije, ¡te dije!”) que hace mucho tiempo le había dado la idea de hablarle y, no obstante, él se rehusaba.

Prepararon algunas cosas más para comer y beber y tomaron unas cervezas. Subieron al ático y se quedaron mirando el cielo falso de vidrio hasta que saliera la luna, para escalar entonces hasta el techo.

Kilian le dijo a su amigo que él se merecía a la chica y que contaba con su apoyo.

Maximiliano le respondió que le encantaría que él también tuviese una novia: así, podrían salir los cuatro. Además le mencionó que apreciaba lo que él hacía para ayudarlo en todo momento, incluyendo el empujón que había necesitado para atreverse a invitar a July a salir.



Maximiliano suspiraba. Se le notaba que estaba muy feliz y enamorado, así como su alegría y desconcierto al ver que, al parecer, era correspondido.

Mientras esperaban a que apareciera la luna, conversaban sobre temas que carecían de importancia. Así estuvieron por horas, hasta que la luna apareció en su máximo esplendor. Se quedaron callados unos minutos y después, observando, comentaron la belleza de la luna y la ventura de que el destino los hubiera puesto allí en ese momento. A pesar de que tan solo uno tenía novia, Kilian creía que ese destino le tendría algo preparado: no perdía la esperanza.

El celular de Maximiliano comenzó a sonar y él sonrió, suponiendo que sería July. Decía que estaba en una fiesta en la casa de unos amigos. Le preguntó a Kilian si le parecía bien que fueran a aquel lugar. Kilian asintió de inmediato, porque sabía que su amigo realmente quería ir. Se prepararon y salieron: en silencio, caminaron por la oscuridad hasta llegar al pueblo.

Llegaron y pronto se percataron de que era una fiesta muy intensa. Ellos no salían tanto. Maximiliano de inmediato empezó a conversar con July. Kilian escuchaba y miraba cómo los demás bailaban. Había mucho alcohol: quiso tomar una cerveza, pero solo había tragos fuertes, así que prefirió no beber.

Sus amigos fueron a bailar. Kilian se quedó apoyado en un muro que separaba la cocina del comedor. De repente miró por la ventana que daba hasta la calle, porque oyó un ruido de moto que sobresalía de la música. Una chica se bajó de la moto. Vestía un traje muy raro, como si viniera de Medio Oriente. Se sacó el casco y se hizo

evidente que usaba un turbante: le llamó mucho la atención, así que siguió mirándola hasta que entró. Con las luces de la fiesta y el humo, no lograba encontrarla, hasta que estuvo muy cerca de él. Tenía unos ojos que encandilaban. Ella lo miró también; después pasó a la cocina y salió por la puerta de atrás. Kilian la siguió, pero no pudo encontrarla. Solo escuchó de nuevo el sonido de la moto y corrió a verla.

Demasiado tarde. Ya se había ido.

Fue bastante extraño, pensó Kilian: solo entró y salió de la casa. Estuvo expectante a ver si volvía, pero no fue así.

De repente escuchó gritos. Vio cómo Maximiliano golpeaba a otro tipo. Kilian corrió empujando a las personas que miraban para ayudar, mas July hizo que Maximiliano y el otro hombre se separaran antes de que él pudiera acercarse lo suficiente.

—¡Cálmate! Amigo, por favor. ¿Qué pasó? —preguntó Kilian.

July lloraba.

—¡Vámonos de aquí! —gritó ella.

July se acercó, todavía llorando, y tomó del brazo a Maximiliano: mientras caminaban, ella les contó lo sucedido. El tipo que Max golpeó era sobrino del jefe del lugar donde July trabajaba y en varias oportunidades había tratado de sobrepasarse con ella.

Kilian los invitó a su casa, pues estaba solo. Mientras tanto, July, todavía en *shock*, pedía disculpas por meterlos en problemas.

La noche estaba estrellada. Ya se hallaban cerca de la casa, cuando oyeron una moto a mucha velocidad. Miraron hacia atrás: solo se podía ver el foco. Ni Maximiliano ni July le dieron mayor importancia. Kilian, en cambio, tragó saliva.

Caminaron un poco más y miraron hacia atrás: la moto parecía detenida. Ya llegando a casa, oyeron cómo la moto se alejaba. Un turista que recorre la zona con unas cuantas copas de más, pensaron. Entonces se dieron cuenta de que una luz del segundo piso de la casa estaba encendida. Kilian no recordaba haberla dejado así. Notó, además, que era la habitación de su madre. Se preocupó.

Hacía mucho frío. July y Maximiliano se acurrucaron en el sofá en tanto buscaban una película.

Kilian subió a la habitación de su madre a ver si pasaba algo extraño, pues Maximiliano y él estuvieron de acuerdo en que todo lo que había sucedido en las últimas horas les impedía recordar si dejaron o no la luz encendida. Se dio cuenta de que la puerta de la habitación de su mamá se encontraba semiabierta, con las cortinas sacudiéndose por el viento: la ventana estaba abierta, así que la cerró de inmediato. Decidió recostarse en la cama y escuchar un poco de música. Sin embargo, se percató de que no le quedaba batería. Se había olvidado de cargar el celular.

Decidió leer algo para pasar el tiempo. No tenía sueño, si bien eran las dos de la mañana. Tampoco quería matar el romanticismo que había abajo. Pensó en su libro favorito: *La bóveda celeste*. Luego recordó que en el velador de su mamá había un cuaderno y pensó que sería interesante ver qué había allí.

Al abrir la caja de su mamá, le pareció que las cosas, incluyendo el dinero, no estaban en la misma posición que recordaba, pero no le dio importancia. Tal vez el traspaso le estaba jugando una mala pasada.

Encontró un libro que tenía una portada de color tornasol. Curiosamente, no había nada escrito en su portada. Al abrirlo, vio que sus hojas estaban en blanco. Lo hojeó con más detalle y vio que en la primera página había una inscripción:

*Un joven tomó un libro a pesar de que parecía no haber nada en él: un muchacho sin pasado y casi sin presente, con una familia que era algo menos que una familia, pero con un gran espíritu...*

Se detuvo. Le pareció extraño, pues así fue como consiguió el libro. Lo que señalaba no tenía mucho sentido para él. Al avanzar, la inscripción comenzó a tornarse extraña, pues decía que al oscurecer aparecían extrañas criaturas que... Nuevamente se detuvo, ya que notó que la potencia de la luz había disminuido.

Dejó el libro en la cama para ver qué sucedía. Quería seguir leyendo, pero la luz era demasiado baja para continuar. Si es que había algo más en ese libro, sería bueno tener la luz suficiente para leerlo como se debía.

Bajó para ver cómo estaban su amigo y su novia, y preguntarles si notaron que había disminuido la potencia de la luz. Entonces comprendió que el primer piso de la casa estaba un poco más oscuro: solo se veía el brillo de la televisión.

“Las luces no alumbran lo suficiente”, se dijo. Observó, pero sus amigos no estaban en el sofá ni en la cocina. Miró por todos lados y no los encontró. Decidió subir a ver si estaban en su habitación: pensó que tal vez no los había oído subir. Se preocupó un poco. ¿Dónde estaban?

Kilian subía y subía peldaños, sin darse cuenta de que no avanzaba. La pared que estaba junto a la escalera empezó a cambiar, tornándose de diferentes colores que permitían distinguir estructuras del antiguo Egipto. Él seguía sin notarlo, pues subía mirando los peldaños, que se iban desvaneciendo al pisarlos.

Kilian seguía subiendo, sin percatarse de que todo su entorno cambiaba. Ya no estaba en su casa. Ya no estaba en su mundo. Se había transportado a un universo que ni en su peor pesadilla se había imaginado: estaba sumergido en el papiro.